

primera en las artes. El palacio que se mandó construir dicen las fuentes que fue una auténtica maravilla. Como los banqueros del Renacimiento italiano, el pirata Polícrates indujo a los artistas de su tiempo a que viniesen a Samos y se quedasen allí, pagándoles grandes sumas para que decorasen la ciudad con estatuas y edificios. El poeta Anacreonte fue uno de los amigos más íntimos del tirano.

Sin embargo, Polícrates sucumbió al final a la perfidia que él tantas veces había practicado con éxito. Sestier, en *La piraterie dans l'Antiquité*, glosa muy bien el fin de Polícrates narrado por Heródoto. Orates, gobernador que Ciro el Grande había puesto al frente de Lidia, una vez muerto Creso y conquistada la región puso sitio a Samos en 515 a. C.; el tirano se mantuvo firme hasta que, atraído por falsas promesas, acudió a entrevistarse con el persa a un lugar apartado, donde el príncipe de piratas y mecenas de todas las artes fue prendido y crucificado. Schiller le dedicó una balada:

Plantado en las almenas de su torre,
contemplaba con gozo
la dominada Samos a sus pies.
«Todo esto es mío. Conceded que tengo
derecho a ser feliz.»

Con la victoria de los romanos sobre los griegos y el exterminio total de Cartago después de las guerras púnicas, la piratería renació bruscamente, y con una virulencia desconocida hasta entonces. Ambos pueblos derrotados tenían gran experiencia marinera y una sólida tradición de poderío naval. No es de extrañar que una vez más, después de una guerra, los combatientes de antaño se hicieran piratas, volviendo a las antiguas costumbres.

Roma era un Estado organizado. Roma representaba la ley. Por primera vez tiene lugar una delimitación clara entre guerra y piratería. Cualquier agravio que se hiciera a uno solo de los ciudadanos de Roma por tierra o por mar no se considerará a partir de aquí como un asunto privado o una pugna entre iguales, sino como un acto de transgresor de la ley de Roma, por parte de alguien que se sitúa fuera de esa ley como una ofensa de un bandido a un ciudadano honrado. Qué lejos estamos ya de Homero. El orgullo de Roma, así como sus intereses y su sentido del orden, exigía que sus comerciantes pudieran traficar sin peligro tanto por mar como por tierra. Sin embargo, pasaría mucho tiempo antes de que los hechos se adecuaran a los deseos. La pasión por la navegación no era una nota del temperamento romano. Sus extraordinarios soldados podían pelear con ventaja en los abordajes, pero eran muy pocos los romanos que habían recibido instrucción de navegantes profesionales. La mayor parte del trabajo marino estaba encomendada a prisioneros de guerra que habían caído bajo el yugo romano. No existía aún nada parecido a una Armada de la República. Por lo tanto, durante los ochenta años transcurridos desde la conquista de Grecia hasta el combate final de Pompeyo con los piratas, hubo constantes carestías y pánicos en los mercados de Roma, debidos a que los abastos quedaban bloquea-

dos por la impresionante actividad de los piratas. La orgullosa República romana se veía en serio peligro de subsistencia.

Durante la prolongada guerra civil de comienzos del siglo I a. C., cuando todas las energías de Roma se hallaban absorbidas por las luchas intestinas entre Mario y Sila, los piratas se hicieron más y más agresivos y numerosos, hasta el punto de que por fin lograron establecer un bloqueo efectivo de los puertos italianos. Roma empezó pronto a sentir las consecuencias. La escasez que más preocupaba era la de los cereales, que eran importados en gran cantidad de Egipto y Africa. Los precios de estos artículos de primera necesidad llegaron a subir de tal forma que sólo los ricos podían adquirirlos, con lo que el pueblo se moría de hambre y los conflictos sociales arreciaban. A cada momento se producían violentos incidentes entorno a la adquisición de alimentos. Los mares quedaron sin vigilancia alguna, y los piratas campaban por todas partes sin que nadie los molestase. Roma ya no podía seguir hablando del Mediterráneo como *mare nostrum*. El mar Egeo, lo que en la época se llamaba el Golfo de Oro, estaba totalmente en manos de los piratas.

El peligro llegó a su grado máximo cuando los piratas hallaron un protector en Mitrídates, rey del Ponto, el más peligroso de los enemigos de la República. Mitrídates tomó bajo su protección a los piratas más temibles de todos, los cilicios, y les dio entrada en sus puertos y hasta les permitió el uso de sus galeras, pues por lo menos una vez acompañó al archipirata Seleuco en una de sus expediciones. Los aliados de Mitrídates no eran ya una partida de forajidos; se habían transformado en una especie de organización naval a gran escala, realizando sus asaltos con una estrategia de la que habían carecido hasta entonces, pero ahora actuaban con orden y con unidad de mando. Esto, desde el punto de vista de los juristas, comienza a parecerse más a la guerra que a la piratería, pero la confusión de ambos términos continuó produciéndose mucho después, incluso en tiempos de la piratería clásica de los siglos XVI, XVII y XVIII, en el apogeo del ciclo pirático no sé si más glorioso, pero sí desde luego, más mitológico, de la historia. En la práctica, la guerra seguía siendo piratería: las tripulaciones no estaban sometidas a las leyes del país por el que luchaban, no recibían salarios y se conformaban con el producto del saqueo, con el botín cobrado en el mar, tratando a sus cautivos no como a prisioneros de guerra, sino como a simples víctimas a cambio de las cuales obtener un rescate o a quienes someter, si no podían pagar ese rescate, a todo tipo de vejaciones (suplicios como el de la tabla o el de pasar a la víctima por debajo de la quilla de la nave, tan populares en la imaginería de la piratería clásica, ya eran practicados por los piratas de la Antigüedad en el Mediterráneo hace dos mil años). El propio Julio César fue capturado en el Egeo por piratas en su juventud (78 a. C.); pasó seis semanas prisionero de sus captores en la isla de Farmacusa hasta que sus amigos reunieron el fuerte rescate solicitado. Poco les importaba a los piratas irritar a las principales familias romanas. Sabían, como más tarde los piratas clásicos, que en el caso de ser capturados no tenían la menor esperanza de librarse de la horca. Como los terroristas moder-

nos, sabían que tenían una posibilidad entre mil de morir tranquilamente en la cama, y obraban en consecuencia.

Finalmente, cuando la situación de Roma llegó a ser tan desesperada como para que se calmasen los odios de las banderías políticas rivales, el Senado asumió las funciones de una Asamblea Nacional en toda regla y, en 67 a. C., organizó una expedición punitiva contra los piratas a fin de salvar al Estado de su ruina total. El caudillo designado para tal empresa no fue otro que Pompeyo, quien se hallaba por aquel entonces en la cumbre de su prestigio y era considerado sin discusión el primer hombre de la República. Fue investido de poderes dictatoriales, y todos los recursos de la maltrecha Roma fueron puestos a su disposición. El propio Pompeyo consideró la tarea a cumplir tan difícil, que pidió, y le fue concedido, un período de tres años para limpiar de piratas el Mediterráneo. La confianza de que gozaba Pompeyo en Roma era tan grande, que los precios de los cereales descendieron bruscamente al conocerse su nombramiento.

Antes de dirigirse a Oriente, había que limpiar el Mediterráneo occidental de piratas, a fin de volver a abrir los puertos italianos y revitalizar el agonizante comercio marítimo. A este fin, Pompeyo dividió el territorio en trece distritos, cada uno bajo el mando de un lugarteniente suyo, que tenía órdenes de explorar concienzudamente la zona de litoral que le había correspondido y de proceder a la captura y aniquilación de todo aquel que oliera a pirata. Pompeyo en persona se encargó de limpiar las costas de África Noroccidental, Sicilia y Cerdeña, mientras sus lugartenientes operaban a lo largo de las costas de Hispania y de las Galias. A los cuarenta días de iniciada la tarea, el dictador estuvo en condiciones de informar al Senado que toda la cuenca mediterránea occidental había quedado libre de piratas.

Luego Pompeyo marchó a Oriente con sesenta naves para extirpar las raíces de la piratería mediterránea. Los piratas se hallaban ya bastante intimidados por los éxitos de Pompeyo en Occidente, y, a su llegada, huyeron de los puertos y se refugiaron en las casi secretas ensenadas y caletas ocultas que abundaban en las abruptas costas de Asia Menor. Los únicos que presentaron abierta resistencia fueron los cilicios, pero fueron derrotados, aunque no sin dificultades, frente a *Korakesion* o *Coracesium*, en su país natal. La escuadra y las ciudades de Mitrídates se rindieron pronto, debido en parte a la reputación de benigno de que gozaba Pompeyo en una época en que lo corriente era clavar primero al enemigo en una cruz y preguntarle después si quería acogerse a unas medidas de reinserción social que la República romana no estaba dispuesta a adoptar. En lugar de pasar a cuchillo a los piratas, Pompeyo decidió establecer a los vencidos en las saqueadas ciudades de Cilicia, que de entonces en adelante se convirtió en provincia romana. A los cuarenta días de la llegada de Pompeyo al Asia Menor, los piratas quedaron completamente aniquilados, sus fortalezas fueron destruidas, y el Mediterráneo fue abierto de nuevo al comercio romano. El botín era impresionante: fueron capturadas cuatrocientas naves de pequeño calado y hundidas más de mil; los arsenales fueron quemados y los refugios de los piratas,

Nota bibliográfica

El libro básico continúa siendo el de H.A. Ormerod, Piracy in the Ancient World. An Essay on Mediterranean History (Liverpool, 1924, reimpresso en Chicago, 1967).

Con anterioridad a Ormerod, existía la cuidada monografía de J.M. Sestier, La piraterie dans l'Antiquité (Paris, 1880), a la que siguieron dos trabajos de P. Stein, Ueber Piraterie im Altertum (Köthen, 1891) y Zur Geschichte der Piraterie im Altertum (Bernburg, 1894). Para las fuentes son muy útiles los artículos Piratae, de Ch. Lécrivain (en el diccionario de Darember-Saglio), y Seeraub, de W. Kroll (en la enciclopedia de Pauly-Wissowa).

Entre los libros dedicados a la piratería en general, pueden leerse en castellano: Ph. Gosse, Historia de la piratería (Madrid, 1935); A. Masiá de Ros, Historia general de la piratería (Barcelona, 1959), y W. zu Mondfeld, Piratas (Barcelona, 1978). Es asimismo recomendable el libro Pirates de D. Mitchel (Londres, 1976), espléndidamente ilustrado.

arrasados. Se calcula que murieron ahogados o en combate unos 10.000 piratas, y apresados unos 20.000. Entre los prisioneros romanos liberados estaba el anterior almirante de la escuadra romana estacionada en Cilicia.

Así, Pompeyo logró cumplir en tres meses la misión para la que él mismo había solicitado un periodo de tres años.

Durante los veinte años que siguieron al éxito de Pompeyo, los mercaderes y comerciantes pudieron realizar su tráfico con relativa paz, especialmente en los últimos años de esa veintena, confiados en la protección del severo y eficaz gobierno de Cayo Julio César, tras la guerra civil que lo enfrentó a Pompeyo y le dio la victoria contra el vencedor de los piratas. A la muerte de César, en 44 a. C., volvió la anarquía a reinar por tierra y por mar. Las facciones descontentas huyeron al exterior y acosaban a la República por su propia cuenta o al servicio del enemigo. Entre los que se hicieron a la mar como pirata figuraba, aunque resulte irónico, Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande; al ser desterrado, reunió una flota compuesta principalmente por compatriotas leales a su padre y por esclavos insurrectos. Estableció sus cuarteles en Sicilia y saqueó las costas de Italia con tanta devoción, que en pocos años se restauró el estado de las cosas previo a la intervención de Pompeyo el Grande en el Mediterráneo.

Roma no estaba en condiciones de luchar contra él, y optaron por negociar con Sexto Pompeyo un tratado por el que se le concedía Sicilia, Cerdeña y Acaya a cambio de que dejara paso libre a las naves que aprovisionaban Italia. Sexto tenía mucho de pirata para avenirse a cumplir acuerdos, y reinició pronto el pillaje y el saqueo, que era el único lenguaje que empleaba con plena convicción. Octavio mandó a Agripa contra él, y Agripa derrotó a Sexto Pompeyo en su propio feudo de Sicilia. A partir de entonces, y hasta que el Imperio empezó a declinar, toma pudo mantener seguras sus rutas marítimas. Con el eclipse de la civilización romana, hasta la piratería —al fin y al cabo, un arte como cualquier otro— cayó en el olvido. Durante mucho tiempo, y hasta el nuevo despertar de Europa, poco era lo que navegaba que mereciera ser pillado.

Luis Alberto de Cuenca